

Pasqual Alapont

El infierno de Marta

Incluye

La máscara del amor
de Vicente Garrido



Una joven maltratada
lucha por salvar su vida

I. F., DE 22 AÑOS (A MODO DE PRÓLOGO)

Una tarde de septiembre, de finales de septiembre, Isabel cogió aire en sus pulmones y empezó a hacer el avión corriendo entre los pinos de la dehesa, desplegando los brazos como si fueran alas y haciendo ruido con la boca, igual que si fuera un monoplano de la Primera Guerra Mundial, como tantas veces había hecho de pequeña cuando aterrizaba eufórica en manos de su padre, unas manos que recordaba siempre ásperas y con regusto a sal. Hacía frío, un frío suave, agradable incluso después del calor pegajoso del verano, e Isabel llevaba un jersey blanco de punto tejido por ella misma, con una cenefa de cangrejos verdes que le había costado tejer una eternidad de horas.

Un instante después se dejó caer exhausta encima de la pinaza y el chico que la acompañaba la tapó con la chaqueta; de nuevo le vino a la cabeza su padre, lanzándola al aire, con aquellas manos firmes de pescador, y sintió en su interior unas carcajadas que muy bien podían ser las suyas y que se confundían con éstas de ahora, provocadas por el miedo a caerse y el deseo de volar.

Experimentó esa misma sensación cuando sintió los labios de él humedeciendo los suyos, y cerró los ojos: pensó que había llegado el momento, no podía contener por más tiempo un secreto que deseaba proclamar a voces, y que necesitaba sobre todo compartir con él. No se imaginaba

que hubiera en el mundo alguien tan feliz como ella lo era ahora, y seguramente así era a pesar de que le quedaban tres minutos de vida.

EL RIESGO DE VIVIR

Los padres de Marta, Esteban y María, viven en el Vedat de Torrent, en la parte alta, en un chalet de principios del siglo xx que mandó construir un médico de Valencia atraído por el clima moderado de la sierra. El edificio guarda unas proporciones equilibradas, con dos cuerpos principales que se juntan al pie de una escalinata de entrada y del porche, y rodeándolo todo, un terreno con piso de grava de granito salpicado de árboles aquí y allá. Nada de este impropio césped que tanto se estila ahora, solamente unos macizos de flores y arbustos rodeando la cerca.

Últimamente, Esteban y María vivían obsesionados por la seguridad, y sobre todo desde que su hija compartía piso en Valencia con dos compañeras. Marta estudiaba el último curso de Derecho y se había quejado a menudo de que los viajes diarios a la capital le hacían perder tiempo; por eso se había instalado en el piso de Carmen y de Julia, cerca de la Facultad. Los padres no se atrevieron a decirle que no, sobre todo ahora que había roto con el novio, quien, por cierto, nunca les había caído bien. Marcelo, estudiante de Bellas Artes, era en muchos aspectos un chico sensacional, tan ávido de experiencias como lleno de dudas. Hacía poco que le había dicho a Marta que se ahogaba y que se iba a Ámsterdam a trabajar de camarero.

Ella también sintió que se ahogaba, pero prefirió quedarse en Valencia.

La preocupación por Marta había desarrollado un miedo incierto en sus padres, que veían peligros por todas partes. No es que de repente hubiera aumentado el índice de delitos en la zona, sino que ahora, con la hija fuera de casa, eran más conscientes de lo que suponía el riesgo de vivir. Hacía poco que alguien había pegado carteles en la urbanización denunciando la desaparición de una joven, Isabel Forteza, de la edad de Marta más o menos. Uno de esos anuncios estaba pegado en la pared de su cerca, y Esteban y María no podían pasar por allí sin que se les encogiera el corazón.

Tiempo atrás se habían comprado un perro, Kepi, un pastor alemán amaestrado que campaba libre por el chalé y que había sembrado el jardín de excrementos, como un campo de minas. Esteban lo sacaba cada tarde por la pinada y se juntaba con otros paseadores de perros en la explanada del antiguo mercado. La jauría y los dueños armaban un barullo de no te menees. Parecía una partida de caza, y de hecho éste era el efecto que producía en los viandantes, que evitaban pasar por allí al anochecer, más por miedo a estos propietarios acomodados y honestos que por la posibilidad de encontrarse con algún delincuente.

No obstante, con la adquisición de Kepi, Esteban y María se sintieron más seguros, y se hicieron la ilusión de que en cierta forma también protegían a su hija, como si la presencia del perro conjurara un riesgo presentido, pero ni Kepi ni un tanque hubieran podido salvar a Marta de los peligros que la asediaban.

Carmen, una de las compañeras de Marta, la más amiga, la confidente, tarda una media de dos horas en cambiarse y arreglarse. El jueves 21 de octubre, por ejemplo, se bañó con sales aromatizadas; se depiló las axilas, el entrecejo y todos los pelos de los lugares más recónditos de su anatomía que encontró que estaban de más; se peinó, se planchó, mejor dicho, su cabello rizado; se puso al acabar unos pantalones ajustados y una camisa estampada y salió al salón.

—¿Qué os parece? ¿Demasiado hippie, quizá?—preguntó a las compañeras de piso.

—Oh, estás preciosa —la admiró Marta.

Pero ella arrugó la nariz.

—Horrible, ¿verdad?, quieres decir eso.

Y se encerró de nuevo en la habitación sin hacer caso de los cumplidos que ella suponía piadosos; se lo quitó todo con rabia y lo tiró en la cesta de la ropa sucia; descolgó un montón de faldas, camisas, jerséis y pantalones y lo dispuso todo en fila encima de la cama; después, mientras lo miraba, se maquilló la cara, se perfiló el contorno de los ojos y se aplicó rimel a las pestañas; entonces notó que sudaba por todos los poros de su piel y fue a ducharse; pasó por el salón medio desnuda y con una toalla al hombro, y Julia y Marta, que ya estaban a punto hacía rato, la miraron asombradas.

—No me digáis nada, ¿vale?; huelo a vaca —profirió—. Acabo enseguida.

Cuando pocos minutos después salió de la ducha, mucho más relajada, Carmen se probó un vestido rojo corto, pero se lo quitó también, y después se puso y se quitó también un vaquero que trataba de combinar con unas deportivas,

y un top elástico, y una falda; finalmente descubrió que se le había corrido el rimel y empezó a chillar y a refregarse la cara con las manos. Así, embadurnada como un espantapájaros y sentada en el suelo, la encontraron Julia y Marta, que llegaron a temer quién sabe qué desgracia.

—No hay derecho, hace tres horas que me estoy arreglando y sólo he conseguido parecerme a una mona.

Julia y Marta, acostumbradas a los episodios histéricos de Carmen, trataron de reprimir la risa.

—¿Qué te ha pasado, guapa? —preguntó Julia, sentada en un lado de la cama.

—Soy Bette Davis antes de ir a la peluquería, ¿verdad?, Bette Davis en un mal día, quiero decir, con tres o cuatro daykiris en el cuerpo.

—¿Pero qué dices? —Marta se sentó a su lado—, yo que pudiera lucir esos ricitos de bantú —le dijo acariciándole el pelo—. A mí me gustas mucho.

Carmen se apartó bromeando.

—¿Te estás volviendo un poco rarita, Marta?

—Soy objetiva.

—Pero tú no eres un tío, es un matiz fastidioso, ¿no?

—Ellos se lo pierden.

—Tienes razón, que se la confiten. Me iré al cine a ver una película francesa. O me meteré a monja carmelita, ¿qué te parece? —Carmen se estaba poniendo borde—. Para ti es muy fácil decir eso, Marta, a ti no te sobra ni un pliegue, tienes un culo perfecto. Ni media cartuchera, eres la chica 10, ¿te das cuenta, Julia?

—No me fijo en eso, reina.

—Claro, tú todo lo que no sea derecho constitucional...

Carmen dejó la frase en el aire. La amistad de las tres se sustentaba en estas complicidades un poco ingenuas. Estaban hechas de una pasta muy diferente. En palabras de Carmen, Julia era muy seria, Marta un poco mística, y ella, frívola y cambiante como una veleta; pero a pesar de eso habían encajado bien desde el principio, casi como hermanas. Su espacio íntimo estaba tejido de una sinceridad franca, donde las cosas se podían decir sin tapujos, sin dobles intenciones, y donde el cariño tenía la pasión y la generosidad de la juventud.

A decir verdad, Marta no se sentía ningún cisne. Desde que Marcelo se había marchado a Ámsterdam no hacía más que torturarse, pensaba que había hecho algo que había echado a perder la relación, que ella tenía la culpa de todo; todavía no sabía que existen cosas que escapan a nuestro control, que suceden porque sí, a pesar nuestro, como los cambios en el tiempo, algunos suaves y otros inclementes. Pero a diferencia de Carmen, que lo contaba todo, ella no exteriorizaba nada, se iba volviendo más y más taciturna; por eso Julia y Carmen se la habían llevado a su piso, con la excusa aquella de sacar tiempo para estudiar.

También por esa misma razón, Carmen había aceptado la invitación de Braulio de salir aquella noche, todos juntos en pandilla, para que Marta pudiera distraerse durante unas horas, aunque nada más fuera con los chistes morbosos de aquel pánfilo. Braulio sería lo último que Carmen se llevaría a una isla desierta, acostumbraba a decir, después del manual de derecho romano, que detestaba especialmente. Se habían conocido en el instituto de Sagunto y ahora se habían reencontrado en las aulas de Derecho. Eso le hacía

mantener una solidaridad de conciudadana; le daba pena verlo siempre tan solo, decía, sin amigos, y por esta razón compartía mesa con él, y éste, algunas veces, en el bar o en la biblioteca, se les pegaba a rueda. «Parecemos la L y la I, ¿a que sí?», solía ironizar Carmen, de constitución más bien menuda, lo que contrastaba todavía más con la corpulencia de Braulio.

El joven tenía siempre la sonrisa en la boca y predilección por los chistes y por las historias lúgubres. Algún día, mientras almorzaban, las chicas le dejaban que contara alguna, sobre todo para que dejara de dar la tabarra, y más de una vez las había hecho cagarse de miedo. Eso le encantaba. «Es como un niño grande», decía Carmen, «no ha evolucionado cuanto esperábamos de él en Sagunto».

La otra pasión de Braulio era leer las páginas de sucesos del periódico mientras estaban en clase, y consideraba un deber de amistad poner a Carmen al corriente de las noticias del día.

—Mira, una abuela de noventa y tres años se ha caído de un sexto piso y se ha abierto la cabeza.

—¿Quieres callarte?

—¿Qué te juegas a que la ha tirado el hijo para cobrar la herencia? Una abuela no se cae porque sí.

—Braulio, por favor, que me haces perder el hilo.

De repente se sorprendía y arqueaba las cejas:

—Ah, no, que era soltera, tú, la madre que... ¿Te imaginas que se la hayan cargado los de la Seguridad Social para no pagarle la pensión?

Aquel día, 21 de octubre, las chicas llegaron al bar muy tarde, alrededor de las doce. En una mesa, Braulio las esperaba desde hacía más de una hora, en compañía de aquel amigo desconocido que les quería presentar: Héctor, de complexión mediana, delgado, cara redonda y unos ojos de un azul cielo que contrastaba con su cabello castaño, liso y peinado con raya.

Los chicos les ofrecieron asiento, y Carmen, como siempre, se encargó de romper el hielo:

—Braulio, hijo, tienes la agilidad de un hipopótamo, me has pisado en el callo.

Se rieron y Héctor se presentó como un amigo de Braulio, el cual, sin prestarle atención, luchaba por meter sus larguísimas extremidades debajo de la mesa.

—Ésta es Julia: ve con cuidado, Héctor, los hombres no quieren salir con ella porque es una feminista radical y cinturón negro de tai-shujiro-kano no sé qué.

—Mira que llegas a ser imbécil, Carmen —protestó la aludida.

—No sé si darte la mano —sonrió Héctor mientras se la estrechaba.

—Y ésta es Marta..., guapa pero como un trozo de hielo, no vale la pena acercarse a ella, créeme —bromeó todavía Carmen—, la típica estudiosa; rica, famosa, inaccesible... En cambio yo...

—Estoy impresionado —la cortó Héctor cogiendo la mano de Marta.

—Mucho gusto —respondió ella, concentrando la mirada en su iris azul.

—En cambio yo... —repitió Carmen.

–Me parece que ya nos conocíamos de antes, ¿verdad?
–insistió Héctor ignorando el comentario fatuo de Carmen y sin dejar escapar a Marta, que sintió cómo le sudaba la mano y se encontró incómoda.

–No lo recuerdo.

–Eres de Torrente, ¿no?

Marta, ruborizada, confusa, retiró la mano y se esforzó en recordar.

–Sí..., bueno, del Vedat... pero no sé dónde...

–En el tren, y en el Club de Santa Apolonia. Tu padre tiene una fábrica de muebles en las afueras, ¿no? Yo también vivo por allí. O vivía, mejor dicho. Me había fijado muchas veces en ti.

–Perdona, pero no...

–Eso sí que es llegar y besar el santo –ironizó Carmen–. En cambio, nadie ha descubierto todavía lo que se esconde detrás de esta presencia mía tan sugestiva. Soy como un diamante en bruto –se abalanzó sobre Braulio–. Oh, como si lo viera: me tendré que juntar contigo. Os imagináis de aquí a diez años, gorda como una foca y con dos o tres Braulitos en brazos? –Carmen hizo una mueca, como si se hubiera tragado un jarabe especialmente ácido–. Me tendré que poner a régimen enseguida.

Como en todas las primeras reuniones, hablaron de muchas banalidades todavía mientras les servían las bebidas. En estas circunstancias, el parloteo de Carmen y los chistes de Braulio fueron de gran provecho, aunque solamente sirvieran para que por un momento Marta se olvidara de Marcelo. Héctor no le quitaba los ojos de encima, y ella que, sin saber muy bien por qué, se había sentido culpable

de la asfixia existencial de su ex novio, se sintió de repente halagada.

Poco a poco, como era normal siendo todos estudiantes del último curso de Derecho, la conversación derivó hacia los estudios; hablaron de los profesores, de las asignaturas y de las escasas expectativas que se le ofrecerían cuando acabaran la carrera.

—Y tú, Héctor —se interesó Julia—, ¿qué haces?

Antes de contestar, el joven se bebió de un trago lo que le quedaba de gintónic, medio vaso, y pidió otro.

—Preparo el doctorado. Sobre derecho internacional.

—¿Con Greña loca? —preguntó Braulio.

—¿Quién es Greña loca?

—¿Cómo? ¿No conoces a Meléndez? —Carmen se puso la mano detrás de la cabeza y moviendo sus dedos imitó la cresta de un gallo.

—Ah, Meléndez —Héctor se rió por lo bajo—. ¿Sabe él que le llamáis así?

Todo el mundo sabe en la facultad que Eustaquio Meléndez Hurtado se peina el poco pelo que le queda intentando ocultar su calvicie consumada. Para ello se ha dejado crecer el único mechón que se resiste tenazmente a la caída, y lo retuerce con fijador sobre la cabeza con un optimismo pertinaz. En los días de viento, si te sitúas detrás de él, puedes observar la coleta revoloteando hacia el cielo como una cometa, de aquí el apelativo de Greña loca.

—No, me la dirige un profesor de la Complutense de Madrid amigo de mi padre —aclaró Héctor, y las palabras empezaron a salirle de forma embarullada, como si le costara hablar de él—. Eh... Mi padre es ejecutivo de la FORD...

ahora está en Veracruz. Por eso, desde que murió mi madre, ya no vivo en el Vedat –le sonrió a Marta, buscando su complicidad–, él siempre anda por esos mundos; me felicita por Navidad y eso, y yo vivo en una residencia de estudiantes.

Se hizo un silencio.

–Bueno, pero no es ningún drama de Dickens, no os preocupéis, a mí me gusta. Hago lo que me da la gana.

–¿Ejecutivo? –Carmen bromeó simulando un desmayo y le guiñó el ojo a Marta.

Trajeron más bebida y, una vez agotados los temas banales, la conversación derivó en grupitos. En un aparte, Héctor le propuso a Marta salir fuera. Al principio ella se negó, arguyendo que tenía frío (la alcahuetería de Carmen la atolondraba), pero él insistió y, sin saber cómo, se encontró en la puerta, cogida del brazo de Héctor.

Caminaron por la explanada del paseo marítimo, y al llegar al final se sentaron en el muro. Se oía el mar invisible al romper las olas, acompasadamente, como una banda sonora que alguien hubiera colocado allí a propósito para invitar a la confidencia. Marta pensó en Marcelo, en cómo le gustaría estar con él, y, de forma inconsciente, se le escapó un suspiro.

–¿En qué piensas? –le preguntó Héctor.

Marta, que no quería ser descortés, que no sabía ser descortés, comentó:

–Oh, en el mar, en nada concreto, pensaba que es bonito estar aquí.

–Ya.

La joven se sorprendió del tono susceptible de Héctor, un poco mordaz, incrédulo: inoportuno; le pareció como si estuviera decepcionado por algo.

—Y tú, ¿añoras a tu familia? —preguntó; se sentía culpable de no estar junto a él con todos los sentidos y trató de poner en la frase el máximo interés.

—No especialmente.

—¿No te gusta el derecho?

Como impulsado por un resorte, Héctor se levantó y saltó a la arena.

—¿Tanto se me nota?

Marta captó el resentimiento en su actitud (era como si le dijera: «quieres que volvamos, ¿no?»), y lo miró fijamente, en silencio, animándolo, dándole a entender que se podía confiar en ella. Poco a poco el muchacho se fue tranquilizando.

—Es una quimera de mi padre, quiere que haga oposiciones al cuerpo diplomático al acabar la carrera... Tiene amigos muy influyentes..., pero yo tengo otros planes.

Héctor hizo otra pausa antes de continuar, había dicho «otros planes» en un tono seco, y al momento se expresó con una alegría tan repentina que parecía absurda.

—Con mi madre todo era diferente; ella conseguía que fuéramos una familia, no te lo puedes imaginar..., pero después todo se fue a la mierda. Cuando vivíamos en Londres...

—¿Has vivido en Londres? —preguntó Marta

Los ojos del muchacho brillaron:

—Hasta los nueve años. Mi padre trabajó en la oficina central —Héctor se embolsó—. Mi madre y yo teníamos una vida paralela, medio en secreto. Nos perdíamos en el British, en el Royal Albert Hall, en el Covent Garden, en el zoo de Regent's Park, cada día era como una fiesta. Un día me llevó

al Museo de cera de Madame Tussaud... ¿Lo conoces? –no esperó la respuesta de Marta.– Me cagué de miedo.

–Debiste de ser muy feliz –intervino ella.

La voz de Marta sonó franca, y él la encontró radiante, con los mechones de cabellos lisos que le tapaban media cara.

–Algún día caminaremos juntos por el cementerio de Highgate. Los dos solos.

–¿Un cementerio, dices?

–Sí, es como una especie de parque –le dijo, en un tono encendido que podía ser tomado como medio en broma o también como medio en serio. A Marta le extrañó el comentario, pero sonrió: una sonrisa amable, llena de buenas intenciones, que alguien podía malinterpretar como el de una joven que ama.

A la vuelta, él se puso a hacer equilibrios sobre el muro y ella lo siguió; iban un poco entonados, eran como dos criaturas jugando a perseguir al rey. Cuando llegaron al bar, Julia, Braulio y Carmen los esperaban desde hacía rato para marcharse a casa.

Mientras buscaban un taxi para las chicas, Braulio contó todavía unos chistes de ministros japoneses y rusos que se llamaban no sé cómo, malísimos todos, pero la desinhibición del alcohol los hizo reír a mandíbula batiente. Quedaron en verse otro día, y se despidieron en la puerta del bar, en cuyo cristal había un cartel pegado donde se denunciaba la desaparición de una joven: Isabel Forteza, de veintidós años.